

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

Crepúsculo Rojo

La Tarde se esfumó por el Ocaso
como un sueño de sangre.... En el paisaje,
arropada en un diáfano celaje
surgió la Luna con medroso paso.

Tu media oscura, tu chapín de raso,
aquel frú-frú maligno de tu traje,
la fronda instigadora del ramaje,
todo hablaba de amor. Así fue el caso.

Cuando posaste tu cabeza oscura
sobre mi pecho, y, lleno de ternura,
un beso me contó tu ardiente anhelo,

á pesar de aquel beso sentí frío,
porque un astro rodó por el vacío
como una amarga lágrima del cielo.

+

La noche fue un milagro. El firmamento
se vistió con un fausto soberano.....
Tuvo el sol un fatal presentimiento
y huyó á su lecho. El Sol ya es un anciano.

Me sentí vigoroso; en mi ardimiento
como zarpa felina fue mi mano.....
Resbalaba á lo lejos un lamento
de Schubert, por las teclas de un piano.

Cuando en la tibia sombra, como un lampo,
rodó tu aristocracia sobre el campo
tal como el lirio que el ciclón arranca,

al doliente compás de tus sollozos,
del mirto que nos diera arcos piadosos
voló asustada una paloma blanca.

+

En tu pálido rostro, en débil ríña,
pugnaban una risa y una queja.....
Tú que al llegar refías como niña
meditabas ahora como vieja.

Te erguiste dolorosa en la campiña
como el fantasma ideal de una conseja,
y entonces, sobre el gró de tu basquiña,
mi mano susurró como una abeja.

Y después ...;oh mi pálida Pomona!
cuando huiste ceñida la corona
que te brindara la divina Idalia,

bajo tu fino brodequín de raso
quedó, distinta huella de tu paso,
una cinta de pétalos de dalia.

Ricardo Miró.

Claro de Luna

La góndola zarpó de la ribera
bajo el beso glorioso de la Luna,
y el mar guardó sus ímpetus de fiera
tras una somnolencia de laguna.

De pronto una gaviota, una quimera
fugaz como el amor de la Fortuna,
rozó tu frente pálida de cera
y se perdió bajo la noche bruna.

No sé por que pasó por mi memoria
como una sierpe de oro, aquella historia
que llenó de perfumes mi pasado;

tu sonrisa infantil, blanca, remota,
que huyó cual la fantástica gaviota
á esconderse en la noche del pecado.

+

El mar, bajo los dos, se estremecía;
de su vientre fosfórico, la ola
deriochaba lujosa pedrería
ante el paso triunfal de la arostola.

De la vaga y remota lejanía,
como un treno amarguísimo de viola,
mensajera de la melancolía,
llegó una fatigada barcarola.

Y al perfilarse las cabezas blondas
de los astros, temblando, entre las ondas
rizadas suavemente por las brisas,

la góndola dejaba como huellas,
entre un surco de espumas y de estrellas
una estela de lágrimas y risas.

+

La gaviota se fué.... Pero su queja
vibró bajo la noche de Verano....
Vió quizás al pasar una pareja
que temblaba de amor sobre el Oceano.

Y el ave te perdió, porque tu ceja
se enarcó con un gesto soberano
mientras cayó deshecha la madeja
de tu cabeza rubia, entre mi mano.

Y fue tu carnación arpa maestra
que bajo el sortilegio de mi diestra
cantó al Amor con trémulos alegros,

hasta que rotos todos tus sonrojos,
cruzó un desfile de cometas rojos,
sobre la noche de tus ojos negros.

Ricardo Miró.

S
O
N
E
T
O
S

Del natural



EN torno de dos mesas unidas, en la terraza del *Hotel Miramar*, en la Habana, se encontraban siete amigos, escritores, bajo la magestad pensativa de la tarde. Y como la hora era apacible, en ese día de Mayo, hablaban lentamente. Ante ellos, por el amplio malecón, circulaban coches y automóviles, exornados por impecables formas femeninas. El mar, casi á nivel de la avenida, se teñía en el incendio del ocaso. Algunos yates veleros lo surcaban, acelerados por la firmeza del viento; y en la salida de la rada interior, próxima, surgió un trasatlántico, sobre cuya cubierta, entre el apañamiento humano, aleteaban las melancólicas de los pañuelos... Minutos antes, en la curva marina, el sol ocultó su esfera roja, enviando, cual en anteriores tardes, en el momento preciso de sumergirse en el agua, un destello verde...

La refracción por la ola de luz ya invisible—dijo uno de los amigos, médico, explicando el hecho.

— Es una explicación lógica—repuso otro, nacido en tierra lejana;—pero he visto centenares de ocasos en el mar, y nunca hasta aquí contemplé esa postrera irradiación del astro, semejante al chispear de mil claras esmeraldas. Se me antoja un anuncio de esperanza...

— ¡Ojalá se le realice pronto... entre nosotros,— contestó afectuoso el médico.

Los coches y automóviles continuaban en su mesurado vaivén por la avenida extensa. El crepúsculo ponía ya en el paseo el prestigio de sus claros oscuros, y en la vaporosidad de las telas y la ligereza de los sombreros, las figuras de mujeres destacábanse con el encanto de una concurrencia de balneario, sobre el fondo celeste, todavía luminoso, frente á la magnificencia del océano. A la izquierda, en la comba extrema de la costa, entre los boscajes y jardines del Vedado, las "villas y chalets" borlaban sus contornos en la sombra creciente, y los focos eléctricos resplandecían como estrellas de nieve. La música grave del oleaje ritmaba las palabras.

— ¡El destello verde!... la esperanza!— exclamó el más joven del grupo, rubio fogoso.— Para mí no la hay en esta tierra donde he nacido... Combatí en la Manigua, teniendo por todo alimento el misericordioso boniato y por sólo techo la tibieza azul del cielo... Sé del ostracismo y sus penurias... y sin embargo soy más extranjero en Cuba que el más humilde de los enemigos de ayer, hoy inmigrantes nuestros.

Se detuvo de pronto para saludar á una niña morena, fugaz en una victoria, al lado de la madre. Toda de blanco, pálida y linda, en la rápida mirada y el gesto de su respuesta, hubo para el lírico descontentadizo algo más que el cumplimiento de una fórmula social.

El sol al desaparecer, era rojo como un granate, y nos envió un rayo verde: esa niña, durante su breve aparición, te ha ofrecido en sus ojos negros, la más bella esperanza... ¡y todavía te quejas! —le dijo alguien fraternalmente.

Pasó despacio un automóvil de motor eléctrico. En él iba una pareja; un matrimonio en la plena juventud. El hombre, de rasgos firmes y correctos, con más de treinta y cinco y

menos de cuarenta años; ella acusaba veinticuatro y podía tener treinta. Exquisitamente hermosa, muy rubia, su rostro y su busto parecían cincelados por uno de esos estatuarios de la Grecia antigua, dueños de todas las armonías de la línea. Se alejaron en el deslizamiento silencioso de su máquina, contestando á derecha ó izquierda saludos efusivos, envueltos en las penumbras crepusculares.

— Ernesto Ferrer y su esposa, la hija menor de los que fueron duques del Cerro, explicó el médico. Es de los cubanos triunfadores en el Exterior. En París José María de Heredia es príncipe del arte y Albarrán de la ciencia. Martí hizo volar por toda la América los párrafos de su prosa fulgurante... Ferrer en Nueva York es uno de los príncipes de la Banca; su capital se calcula en sesenta millones de dollars... La historia de su fortuna y la de su matrimonio son dignas de conocerse, aunque sea brevemente... Por lo demás no tienen nada de extraordinario: dos fragmentos de realidad.

* *

Hace más de veinte años llegó á New York Ernesto. Era un chicleo listo y vivaz. Se empleó en un hotel para hispano-americanos, y asistía á una escuela nocturna. Trascurrieron los meses y aprendió el inglés á la perfección. Supo anécdotas del "Delmónico" y concibió un proyecto. Una mañana, andando por Wall Street y sus alrededores, se metió en el fastuoso restaurant, y su don de simpatía le valió ser admitido en el personal del servicio... En esa época Andrés Carnegie actuaba personalmente en la Bolsa. Iba al "Delmónico" á tomar el "lunch." Ernesto le atendía y al bondadoso millonario le agradó el muchacho. Ya el "cubanito," como allí lo llamaban, tenía recibidos de él unos mil dollars, en propinas... Cierta tarde, Ernesto oyó cuando le ordenaba á su corredor la ejecución de una de las audaces negociaciones newyorkinas. Al retirarse Carnegie, Ferrer se le acercó, y con despejo, pidióle que le aceptara colocar sus ahorros mil quinientos dollars —en la especulación... El "rey del hierro" lo miró sonriente, y sacando una cartulina le respondió: "Bien, muy bien, amiguito, es así como se va lejos! Preséntese con esta tarjeta mañana en mi oficina; lo dejarán entrar y hablaremos..."

Fué puntual, llevando sus economías. Carnegie lo acogió cariñoso; se entretuvo oyéndole su historia; le tomó los mil quinientos dollars y al despedirlo, le entregó un recibo... "Allí consta que usted pone quince mil dollars en el negocio. Y despídase del "Delmónico," porque desde hoy es mi empleado"... Los quince mil se convirtieron en setenta y cinco mil. El primer millón, el más laborioso de todos, según el mismo Carnegie, vino naturalmente dos ó tres años después. A los treinta era Ernesto veinte veces millonario. Al cumplirlos, su jefe lo llamó y le dijo: "Es ya usted demasiado rico para ser mi empleado y muy pobre para ser mi socio: Seamos simplemente amigos; comeremos hoy los dos en el "Delmónico"... Y cuando lo desee, consúltome..." Desde entonces Ferrer, aumentando siempre su capital, se encontró, soltero, inteligente y con su irresistible don de simpatía, transformado en un "partido," aceptable hasta por la más difícil miss de los Estados Unidos y la más orgullosa aristócrata europea, heredera sólo de pergaminos...

— Pero ¿y su matrimonio?—le preguntó uno al médico.

— Es también, como les dije, una historia sencilla... Desde los ocho años, quedó Ernesto sin padre ni madre. A ésta no la conoció. Vivía recogido por un pariente catalán, seco y duro, dueño de una papelería. Enfrente se alzaba la casa solariega de los duques del Cerro, donde residían tan solo la duquesa, recientemente viuda, con un hijo de la misma edad de

Ernesto, doce entonces, llamado Ricardo, y una hija, Esperanza, de dos años. El luto recluía á la duquesa. Ricardo, generoso y bullicioso, retozaba por el barrio. Era robusto y se hizo grande amigo de Ernesto, físicamente débil. Los domingos y días de fiesta, los dos chicos se reunían y vagabundeaban á veces hasta aquí, en ese tiempo una playa desierta, donde se bañaban los muchachos y anclaban los botes pescadores... El catalán, muy estricto en todo, los finales de cada mes enviaba á Ernesto hasta San Rafael, á pagar el alquiler de la tienda, diez y seis duros, los cuales llevaba el chico en una onza española, sacada de la colección hecha por el papelerero en largos años de economía.

Un último de mes, domingo, salió por la mañana Ernesto, con la onza. Ricardo lo esperaba en la esquina, y juntos se fueron al centro. El propietario, muy devoto, estaba en misa, y convinieron en venir acá, entretanto, á bañarse. Había una partida de muchachos de este barrio en la playa, retozando dentro del agua reverberante. Acordaron entre ellos no dejar salir á nadie hasta que el cañón del Morro diera las once... Eran las nueve. A las diez, los dos amigos quisieron vestirse, y hallaron su ropa toda mudada. Uno de los otros, jefe de la partida, trató de impedirles desatlarla... Ricardo lo tomó por su cuenta, y el "enemigo" vencido en una breve lucha de box, cedió el campo, huyendo, con sus tres ó cuatro camaradas, los vestidos en los brazos y desnudos al sol... Pero cuando Ernesto, de regreso á San Rafael, buscó la onza en sus bolsillos ya no estaba allí... ¿La había perdido? ¿Se la robaron? El caso era tremendo para el chico: la figura del catalán, iracundo, se le presentaba angustiante... Volvieron á la playa; escrudinaron por todas partes, sin resultado. Trataron de encontrar á alguno de los de la partida: no los conocían, ignoraban sus viviendas. ¿Qué hacer? El tiempo trascurría. Ernesto lloraba; Ricardo enmudecía, profundamente meditabundo... Súbito, su rostro franco se iluminó: "Oye, le dijo á su amigo, vamos ligero á casa. Entraremos por la huerta para que no te vea "él"... Yo sé donde mamá guarda el dinero y allí deben de haber onzas"... Así recuperó Ernesto la extraviada... Dos años después murió la duquesa del Cerro; Ricardo fué internado por su tutor en un colegio de religiosos, y Ernesto desapareció de la Habana. Partía para New York, trabajando su pasaje. Era ya un adolescente, lleno de voluntad y de fé en sí mismo.

* *

El narrador se interrumpió para tomar un sorbo de su aperitivo. Los demás lo imitaron. En ese momento, Ferrer y su esposa retornaban del extremo del malecón, y doblaron hacia el Boulevard del Prado. La concurrencia de coches disminuía. En el cielo, de una limpidez perfecta, se apagaban las últimas vislumbres del crepúsculo. En el océano, más sonoro con el avance de la noche, las siluetas de los yates hacíanse imprecisas, adquiriendo apariencias fantásticas, y eran así grandes aves oscuras rozando con sus alas las ondas. A la distancia, el trasatlántico se constelaba de luces como un palacio féérico. Sobre el paseo se cernía ya la beatitud de la noche...

— Son cerca de las ocho dijo Piñero, refinado artista, director de un opulento semanario: es tarde para regresar á nuestras casas: comeremos, si les pare á aquí, y mientras preparan la mesa tendrá tiempo el médico ilustre y clásico poeta de concluir su narración... Yo no conocía los detalles. Ferrer es un suscriptor espléndido y—ustedes lo ignoraban—un compañero: en el próximo número publico unos versos suyos en inglés.

— Pues á su imaginación de poeta debió Ricardo del Cerro la vida. ¿Quién de nosotros no conoció á éste, en la Habana? A la mayoría de su edad dejó el colegio, iniciando su brillante

derrochadora actuación social. De figura gallarda y de carácter lleno de franqueza y de generosidad, fué uno de nuestros más alocados y simpáticos elegantes. La fortuna de él y de Esperanza consistía en la casa solariega y una hacienda de azúcar, á cargo de un hábil administrador. Del Cerro gastaba más de sus rentas, y á los veinticinco años, uno antes de la guerra de la independencia, sus deudas le obligaron á hipotecar la mitad de la hacienda, respetando la de Esperanza de quien era tutor. Pero en todo ese tiempo de calaveradas, conservó siempre un culto por el humilde amigo de la niñez, cuya mentalidad superior se le impuso desde el primer día, sin darse cuenta de ello; y, ya hombre, se entusiasmaba con las noticias venidas de New York, referentes al asombroso éxito de Ernesto.

Cuando estalló la guerra, todos los trabajos agrícolas se paralizaron, y del Cerro, con deudas, sin rentas y cubano hasta la médula, tomó una resolución. Vendió la casa, al precio bajo que tenían entonces los inmuebles, y se embarcó con Esperanza para New York. Una mañana, en su oficina de Wall Street, Ferrer acogió con un abrazo la visita de su amigo de infancia. "Voy á combatir por la libertad de la Patria—le dijo Ricardo.—Mi hermana Esperanza está en el Colegio del Sagrado Corazón, en Baltimore. Tiene diez y nueve años... Deposito en tu caja su herencia, catorce mil dollars, y te nombro su curador. Sé para ella un hermano... te conoce mucho de nombre... y si te gusta, su esposo: es bella y buena"....

Durante veinte meses, del Cerro combatió con la bravura de un Maceo. Era Coronel y estaba en la vanguardia del ejército, en la célebre marcha, desde Oriente, al través de toda la isla, efectuada por Máximo Gómez. Pero en uno de los encuentros cerca de Matanzas, cayó herido y prisionero. El capitán general era entonces Weyler. La táctica ágil y cáterea de nuestro generalísimo, lo desconcertaba, lo enfurecía. Vió en Ricardo, de la aristocracia más antigua de la Habana, un buen pretexto para vengar los fracasos de su campaña; y ordenó que tan pronto como estuviera el preso mejor de su herida en el hombro, se le sometiera á un consejo de guerra y se le fusilara en público. La noticia produjo consternación en la sociedad habanera y voló al exterior... En la mañana de un día de julio, al noveno de la prisión de Ricardo, apareció en la bahía un yate á vapor, uno de esos finos buques devoradores de la distancia, conque excursionan por las Antillas los ricos norteamericanos. Traía sus papeles formalizados por el Cónsul de España en Nueva York, y como pasajeros á una pareja joven, un reciente matrimonio tal vez, en su viaje nupcial.

Los dos excursionistas, provistos del ineludible aparato fotográfico, recorrían la Habana y sus contornos. Tomaron varias vistas del hospital militar donde se hallaba del Cerro—y de la cárcel. Una tarde sacaron el permiso de partida; el yate dejó la rada interior á las seis y estuvo maniobrando en la bahía en las primeras horas nocturnas. Al día siguiente desapareció, coincidiendo su ausencia con la evasión de Ricardo y sus dos guardianes, al ser

trasladado el prisionero esa noche del hospital á la cárcel. Y los buscaron inútilmente por toda la ciudad... En tanto, en el puerto de Nueva York Ernesto y Esperanza, novios ya, recibían á Ricardo, fugitivo de la muerte. El yate era de Ferrer; los supuestos recién casados, su agente de confianza en la Bolsa, muchacho audaz, poliglota, y su hermana. Los dollars hicieron el resto... Y ahora—concluyó el narrador levantándose—vamos á la mesa: pareceme

bien ganada mi copa de burdeos.

Los siete amigos pasaron al comedor—galaría. Junto á una de las ventanas, la mesa dominaba todo el centro del Malecón. El kiosco inmediato iluminábase para la retreta de aquel jueves. Algunos coches volvían al paseo. El corso, poco á poco, se formaba de nuevo, lleno de magia bajo la luz lunar de los focos eléctricos. Al través del velo radiante, el océano era una poderosa sonoridad invisible. La banda

ocupó su sitio y el "Claro de Luna" de Beethoven acompañó el comienzo de la fraternal comida. En lo alto, el gran cielo del trópico ofrecía á los ojos, millonariamente, sus constelaciones.

Dario Herrera.

1906.

Terracota

UN diminuto Memorándum de cubierta de cuero ruso, cerrado con broche de oro han dejado sobre mi mesa de trabajo.

¿Quién ha puesto ese bibelot á mi alcance? No acierto á fijar su procedencia. Lo abro.

Sus paginitas de margen blanco están escritas con finísima letra de mujer.

Exhala un perfume delicioso.

Esta debe ser la joya de que me hablaba Carlos, el poeta, perdido en las brumas de la vida.

En la primera hoja se relievra el retrato de una hermosa niña, de perfiles griegos, y de mirada intensa como los rayos de la luz solar. Vuelvo la hoja, y leo.

Dolor:

Adios!—El tron parte y su silbido ha hecho trizas mi pobre corazón.

Todo huye á mi vista, y en mi pensamiento clavada está tu imagen con la tenacidad de la locura.

Ausencia:

Siento que me llamas, y sin saber por qué

estoy en medio de una naturaleza agreste, atraída por el murmullo de las hojas, que muy quedo van repitiéndome: Adios! Adios!

Recuerdos:

Mi viaje ha sido el recuerdo de mi amor. Quise hacerte sentir porque sufría horriblemente, y me he dado la muerte con mi propia mano.

Conservo la presión de la tuya en el último momento de la partida; y oigo con timbres agudos tu: Adios! Adios!

Olvido:

Batallé mucho antes de dirigirte mi primera carta, no quería mendigar tu amor; pero escribí febril, apasionada, te onví la vida con los puntos de esa pluma traicionera que habló cuanto mi corazón callaba.

Esperé sin, muchos días, y ninguna carta tuya. Todo sin cesar me repetía: Adios! Adios!

Esperanza:

Al fin! al fin! una carta tuya! Tu alma está en ella. Esa alma que tantas veces he visto vagar en el mundo de las estrellas. Tú has sufrido mucho más que yo. La duda ha trastornado todos tus sueños de poeta, todo tu amor de niño. Tus dolores me devuelven la dicha que creí perdida.

Tú debes amar.



ALFONSO XIII, REY DE ESPAÑA.

Illio:

Nos amamos. Es un sueño muy hermoso. Es la eterna primavera de nuestra existencia. Nuestro amor es infinito como el espacio y bello como el rojo horizonte que acaricia el mar.

Aquí la vida con sus mil bocetos del color del iris.

Allá el azul intenso, profundo, saturado de mundos de luz.

No quiero despertar.

Todo acabó.

El destino me aleja como la hoja caediza que el viento despedaza. No me recrimines, no puedo escucharte, no quiero volverte á ver, tornaría débil ante el deber que me reclama.

He sido una mariposa que agitó sus alas en torno de tí y dejó el brillo en las rudezas del dolor.

Mi vida es un martirio.

No me recuerdes nunca!

¿Por qué abandonó el poeta estas hojas?

¿Fueron el sudario de sus ilusiones muertas? Yo las esparzo con cariño en el vasto campo literario: que las lea él; que las lea ella; que legitimen esas hijas huérfanas de su locura de amor.

EDELMIRA CORTES G.

Arrullo!....

A. M. LUISA.

COMO el rumor de la selva, como la tibia luz del crepúsculo, como el religioso silencio de la soledad, así vino, á mí, el eco de tu voz, entre las armonías de la vida!

Tu imagen pura, destello es de virginal pureza; tu alma, reflejo hermoso de celestes ensueños; tesoro de virtudes tu inocente corazón.

¡No despiertes Luisa! El sueño de los ángeles lo arrulla Dios!

MARÍA M. C. DE PACHECO.

Para un Abanico

I

Ayer pensé mucho en tí,
y en esta tarde otoñal
te evoca, y eres así
como Madama Real.

Como en la pálida l-
sabel de Baviera, ideal,
es el divino rubí
de tu boca espiritual.

En la gran melancolía
de mi crepúsculo, ¡oh pla,
dulcissimamente buena!

eres un recuerdo azul,
un sueño como de tul
y un rayo de luna llena.

II

Lánguida como un ombú
tu voz sonámbula y quieta,
solloza como una Z'
y canta como una Z.

Noble y lírico tisú
borda mi angustia secreta
para tu corpiño, y tu
melancólica silueta.

Eres bella y eres triste,
algo de luto se viste
en tus mejillas ducales.

De mi ojal un lirio arranco
—un gardenia—un lirio blanco
para tus manos nupciales.

Emiliano Hernández.

1936

Lied

LA quise como á un ángel y como le
di alas voló por el espacio.

Buscándola, en la inmensidad
azul vi una estrella brilladora, y me pa-
reció el fulgor de sus ojos negros.

En la niebla de la tarde y los tintes
de la aurora creí ver su rostro virginal...
En los copos de espuma de las verdes on-
das creí aprisionar su alma!... En nin-
guna parte, ni en la alta cumbre ni en el
valle florido volví á verla.

¡Cuánto mejor es amar las almas
de los muertos, que si tienen alas las en-
contramos en el cielo!

MARÍA M. C. DE PACHECO.

El Viento del Juvenio

Caso raro?.....

Para GUILLERMO ANDRÉS

I

ME sufrido en estos días
un raro estado de alma.
Por su virtud
me he conocido algo más é investi-
gado un poco en el fondo incom-
prendible de mí sér; he apreciado
algo nuevo en mí. Estoy satis-
fecho.

Ella es una bohemia, una de
esas mujeres á quienes la muche-
dumbre compleja, *el monstruo de
los cien rostros*, aplaude en los tea-
tros; unas veces, por su talento,
otras, por su gracia, y las más por
sus carnes floridas, ó por todas
estas razones á la vez; pero repa-
tidas entre la complejidad de los
temperamentos de las turbas *di-
lettanti*; entre el haz de almas mú-
tuamente diferentes, tocándole, á
aquella, el deseo; á ésta, el cerebro;
á esotra de más allá, el ensueño.

La primera vez que la ví, no reflejó en mí
ninguna emoción atractiva ó repulsiva. A
pesar de todo, recuerdo que la ví por *primera
vez aquella noche*.

Jamás pensé que aquella misma indiferen-
cia fuese nunca capaz de crear en mi vida un
vacío que *ella* debía llenar, pero de manera tan
extraña.

A aquella indiferencia, y bajo el imperio de
otros días, sucedió una como frívola atracción
que me obligó á seguirla, á espiarla casi, pero
sin amor, con la conciencia de que incurría en
una necedad haciéndola creer que perseguía su
amor ó su posesión, pues así me lo dijeron sus
ojos que sorprendí muchas veces fijos en mí, y
otras en que respondía á los míos, á pesar de
las pupilas furiosas del macho que la celaba.

A veces, cuando lejos de *ella* consideraba
todo esto, la veía reproducida en mi espíritu,
como se reproducen los rostros de los tran-
seúntes en las vidrieras: (reproducciones que
hay que ver semi-conjuntando los párpados
para, aun así, considerarlas imprecisas en los
cristales y con una vaga sensación de esfuerzo
en las retinas). Sentía remordimientos por las
miradas prodigadas á su cabeza y me era ésta
tan inexplicablemente familiar, que se osbozaba
en mi memoria como en las remembranzas
confusas y opacas de una vida lejanísima, re-
cédita y pasada: recuerdo de una vida, rastro
de una vida remotísima que yo no viví nunca;



sentía remordimientos por las miradas prodiga-
das á su frente, á sus ojos, á la boca provocati-
va y burlona como la de alguna fresca campe-
sina de Franz Hals, al lunar pequeño de la
mejilla, á la rotundez de los hombros, á su bus-
to, á toda su pequeña estatura lozana, garrida,
é imperativa cuando estaba de pies.

II

Alguna vez ó su voz.

En la volubilidad del tono de aquella voz
femenina y limpia, se iniciaban raros dejos va-
roniles, opacidades fónicas similares á las que
un dedo enguantado produciría palpando su-
perficialmente una débil cuerda de plata en
vibración. No sé por qué, aquellos dejos varo-
niles que surgían ásperos de entre la filigrana
musical del timbre característico, me daban la
visión de una mano cruel que hundiese una
aguja fina de acero en los pétalos conjuntos de
una rosa fresca. También aquellas *rápidas* no-
tas me parecían como rebeliones impotentes ó
blandamente desesperadas contra una pena de
cuya inmisericordia se tenía la conciencia. Y
aquellas otras opacidades fónicas, que entro el
timbre claro eran comparables á vagas pincela-
das de lejano gris en el cielo orovivido de un
cuadro crepuscular, ó á los puntos aeromos
que se notan, ilúcidos, en las fotografías an-
tiguas, me revelaban yo no sé qué dócil marti-
rio, qué pena mas tenue, qué dolorosa mauso-
dumbre semianunciada con timidez, pudorosa
de sí misma, pero que tenía que anunciarse en
la voz, dulcificando los labios, porque era muy
grande y no cabría toda en el pecho.

Yo sentía piedad por aquella voz.

A menudo me murmuraba á mí mismo:—
¡Quién sabe si en el corazón de esta pobre mu-
jer alguna lágrima cristaliza un sueño!

¿Quién me dice que sus manos no hayan
amortajado más de una ilusión blanquísima?

Y todo esto—os lo juro—no me era extraño.

III

¿Qué curiosidad fué aquella que me llevó á
estudiar sus gestos, á dilatar la mirada por su
traje, buscando la insinuación de las formas
bajo los encajes del puño blanco, en los finos
zapaticos bajo el ruedo de la falda graciosa, y
todo con el interés de hallar algo ya conocido,
pero sin amor? Era el deseo? alguna vez lo
sentí, pero rozó mis nervios tan inapreciable-
mente y pasó tan rápidamente, que reproduciría
la misma sensación un plumón de ave que

rozase, llevado por un hábito del aire, la epider-
mis del dorso de la mano.

....A pesar de todo, aquella sensación
de deseo, una vez pasada, me dejaba toda la
honda y desconsoladora fatiga psicológica que
sigue á una posesión completa.

Entendéis? No?... Pues, yo tampoco lo
entiendo.

IV

Me culpaba de tonto y muchas veces de es-
túpido; á veces me parecía ridículo á mí mismo.
¿Cuál era la causa de aquellos cuasi movimien-
tos reflejos de mi alma, de aquellas voliciones
inconscientes y mecánicas? ¿Qué revolución
psíquica me agitaba? ¿A dónde iría á parar
todo aquello? ¿Al supremo amor ó á la supre-
ma indiferencia?... ¿Qué espíritu fué nunca
más indescifrable que el mío?

Cuando más me contemplaba interiormente,
más me persuadía de que en mí se agitaba otro
yo, que súbito se había apoderado de todas mis
fibras, que me poseía desde la epidermis hasta
la médula de los huesos, volviéndome un autó-
mata idiota y frágil. Yo tenía conciencia de
aquella idiotéz y de aquella fragilidad!

Ese *yo* extraño é incomprendible se mani-
festaba sólo en relación con *ella*; para las otras
cosas que me rodeaban en la vida permanecía
muerto; con los padres, los hermanos y los
amigos,—incluyo en éstos libros, pinceles, mú-
sica y versos,—yo era el yo de siempre, y en
tonces miraba satisfecho mi propia identidad.
Para el otro *yo*, *ella* era indispensable, condición
imperiosa de vida.

Ante *ella*, nunca pudo permanecer idéntico
á mí mismo: las afecciones pasadas se reprodu-
cían, se reproducían fatigosamente.

Muchas veces me dijo con Ibsen:

“Los muertos, en nosotros, ahogan á los
vivos.” “Con la sangre de nuestros antepasa-
dos, corren por nuestras venas y animan nues-
tros cerebros ideas muertas, tendencias ya ca-
ducas, impulsiones antiguas... y todo esto, que
no es vivo, que es de otro tiempo, de otras so-
ciedades, lo llevamos dentro y dicta leyes.”

Sí... Tal vez, tal vez, en esos días que
siempre serán extraños en mi vida, se sublevó
en mí algún antepasado, que me hizo suyo, in-
tegramente suyo. *El* duraba en mí carne cuan-
do nací; empezó su gestación desde que, por
primera vez, alcé los ojos al sol. Pero ese gér-
men atávico necesitaba que alguna circunstancia
de otro tiempo, quizá de lo antiguo (cir-
cunstancia—causa que dejó profundo é indeleble

recuerdo en la carne y en el espíritu del desconocido antepasado), precipitara en mí, por ley simpática, su florecimiento, su manifestación. Si es así, el abuelo muerto amó una mujer idéntica á ésta; tal vez tuvo su mismo rostro, sus mismas formas, su misma voz; tal vez el abuelo muerto la poseyó hasta el hastío, y se fatigó de los mismos besos, de las caricias iguales siempre... ¡tal vez!... y la abandonó con esa piedad que siente todo hombre por aquella mujer que llega á hastiarle. El abuelo muerto legó á sus hijos toda aquella fatiga de placer y de amor; por las generaciones de sus hijos ha pasado, oculta, latente, porque no halló la identidad de *aquella otra*; ha llegado hasta mí; no se ha revelado antes porque ante mí no habría visto la imagen de *aquella*: hoy, *aquella* reaparece en imagen; el yo atávico la confunde con *la otra*; ha recordado que la poseyó, y por eso, me es tan familiar esta mujer;... y por eso, *aquella sola sensación de deseo me dejaba la honda y desconsoladora fatiga que sigue á una posesión completa*, unida al cansancio de la raza... Y por eso, yo no he tenido amor, sino reminiscencias, piedad, fatigas...

V

La seguí hasta el barco en que debía partir.
En el entrepuente pasó cerca de mí; me descubrí, sonriendo:

—Adiós? señora.

—Adiós....!

... ¡Sentí deseos de protegerla contra yo no sé qué odios que se me antojaban acechándola tras los horizontes! Sentí deseos de arrebatarla á ellos, trayéndomela en los brazos, con piedad, sin deseo.

El barco se desprendió del puerto; la hélice arremolinó el agua; empezó el barco á surcar el mar...

¿Por qué entonces, con un dolor hondísimo, *algo* me gritó desde cada fibra: *Ella se va, y ella es tuya....?*

...¿Por qué me pareció la nave tan blanca?....

VI

(...¿volverá?...)

LEOPOLDO DE LA ROSA.



ALFONSO XIII, REY DE ESPAÑA, Y VICTORIA EUGENIA DE BATTEMBERG DESDE HOY REINA DE ESPAÑA.

Postales

Bajo el palio soberano
De tu larga cabellera,
Surge tu rostro de cera
Y tu perfil circasiano.

Con tu lindo tipo humano,
Llena de pasión sincera,
Serías dueña altanera
De un Emperador romano.

Y ante el brillo enervador
De tus dulces ojos bellos,
Y tu boca -roja fresa-

Con oro de tus cabellos
Le forma un marco el Amor
Al triunfo de tu belleza.....

+

Un pintor en porcelana,
Bajo la gloria del día,
Tu belleza copiaría
Y tu cuerpo de sultana.

Tu pelo de circasiana
Resaltar con arte haría
El conjunto y la armonía
De tu altivez de pagana.

Y despues de contemplarte
El artista allí, de hinojos,
Pensará que al adorarte,

Gana su gloria arrebol,
Porque la luz de tus ojos
Valé más que la del Sol.....

Romero

Psicologismos



EL más detestable, acaso el más abominable de todos los dilettantismos posibles es el de la música. Para la vista, el paladar, el tacto, hasta el olfato, en fin, hay manera de defensa; pero para el oído nó.

Contra las agonías que os produce una falsa obra de arte, cuya base estructural es el ruido,—una falsa obra de arte, pongamos por caso, como las danzas y los pasillos colombianos, manifiestamente los de la costa—ó su falseamiento por una ejecución *filisteá*, ¿qué medios pueden quedaros de defensa, si no es una pronta huida? Y si no podéis ponerlos en fuga, ¿qué haréis?

Schopenhauer tenía gran razón cuando clamaba por una policía regulativa y coercitiva de los ruidos inevitables. Pero hay ruidos que no son ni útiles ni necesarios; que no tienen razón de ser; que deberían eliminarse por la fuerza cuando la estupidez los permite ó los inventa; como son, por ejemplo: los ladridos del perro de vuestro vecino; las lecciones de canto ó de violín de vuestros hijos, que tienen acaso más de idiotas que de músicos; y cien ruidos más. Históricamente se puede comprobar que la afición al ruido crece en el hombre en razón directa de su inferioridad emocional y mental.

**

Dos monumentos de la barbarie se conservan todavía en pie, á pesar de los siglos, como para probarnos que aun sobrevive en noso-

PARA GUILLERMO ANDREVE.

tros algo de los primitivos instintos del hombre de las cavernas, y son: la Iglesia y el Ejército. El día que desaparezca el Ejército, sólo entonces desaparecerá la Iglesia. El uno complementa á la otra.

**

Si los hombres pudieran borrar de su pensamiento siquiera la mitad de los ídolos metafísicos que comúnmente adoran, por un doble fenómeno de atavismo funcional y de sugestión mesológica, como son DEBER, LIBERTAD, PATRIA, INMORTALIDAD, serían mucho más felices. Pues se contentarían con saber que no puede haber otro DEBER que el de ser feliz á todo trance, sin detrimento de la felicidad de los demás; no más LIBERTAD que la libertad en la RAZÓN; ni más PATRIA que esta hermosa tierra que por derecho natural pertenece á todos... INMORTALIDAD? Decid: cuándo sueño alguno dejó de serlo por hermoso? ¿Y si hubiere un más allá?... Oh, entonces, bien venido sea!... ¿Qué sacáis pensando en ello á peligro de preocuparos demasiado con perjuicio de vuestra vida *actual*? Si hubiere Inmortalidad, con sólo que hubierais respirado un día, vuestro derecho á ella será tal, que *nada ni nadie* podrá arrebatarosla!... Es lo deplorable que la mayoría de las almas que creen en la vida futura, suelen cavilar pensando en el infierno como una futura calamidad posible. ¡Pobres espíritus ingenuos que aun teméis el infierno! Mirad: acaso el infierno sólo exista para los que en él crean! Pero decid: ¿trueque de ser INMORTAL, de que el DIOS PADRE EXISTA, ¿quién, que en algún modo sepa avalorar la trascendencia de tales términos, no aceptaría de todo corazón el infierno, con mayores horrores aun que los inventados por la burda fantasía

popular? Sin duda los inventores del infierno nunca supieron amar verdaderamente á su Dios, ni concibieron nunca lo que pudiera implicar esto: SER IMMORTAL!

* *

Hay dos cosas que nunca hemos podido contemplar sin sentirnos hondamente emocionados, aunque por diferente modo: los pies de los niños y las bocas de los que tienen hambre. Fijaos no más en aquellos piecitos: veréis todo cuanto expresan de gracia, de esperanza y de inocencia. Ahora, fijaos bien en aquellas bocas que tienen hambre! Mas, cuando fuerois á observar un caso, nunca miréis los demás rasgos de la cara: haced abstracción completa de ellos, para no fijaros si no en la boca! Y, sin embargo, ningún poeta, que sepamos, ha cantado aún lo que dicen esas bocas que tienen hambre, esas bocas infinitamente tristes, humildes y desoladas!

* *

A los espíritus que la ciencia hizo inredables; á las almas ardientes y soñadoras á quienes no hasta el sólo comercio con sus semejantes, ni hallan satisfacción suficiente para su inquietud interior en las especulaciones filosóficas, ó en las íntimas fruiciones que da el arte, á estos se les podría recomendar algún ramo de las ciencias naturales. Los insectos, los pajaros, las flores, por ejemplo, les ofrecerían, con la inmensa variedad de sus tesoros, no sólo un entretenimiento instructivo, sino acaso el mejor de los bienes para un alma apasionada é inteligente: el olvido de sí mismo.

* *

Desde que Guillermo Valencia publicó *Ritos*, y escribió:

«Dos lánguidos camellos, de elásticas cerviceras, de verdes ojos claros, y piel sedosa y rubia, los cuellos recogidos, hinchadas las narices, á grandes pasos miden un arenal de Nubla...»

todos nuestros poetas chirles (que acaso nunca han visto un camello en su vida), se creen en el deber ineludible de calumniar á estas pobres bestias de carga; y no sale versículo por ahí que no traiga siquiera un dromedario melancólico y dos camellos enfermos. Cuando, siquiera por gratitud, más justo fuera que cantáramos á los pobres burros en cuyos doloridos y trasijados lomos anduvieron nuestros abuelos y, si no lo remedia el cielo, seguirán andando nuestros nietos, hasta que se les antoje venir á esos *malditos yankees* (que dicen ellos!) y nos empuenden la plana; aunque harto es de temer que nunca *querrán venir* esos *malditos*, por aquello de que: de negocios de mala digestión Dios nos ampare.

ABRAHAM Z. LOPEZ-PENHA,
Abril, 1906.

Es tu boca de esencias.....

(POSTAL)

Es tu boca de esencias exquisitas un pomo. Se ve tu pelo suelto sobre tu frente como un pedazo de sombra sobre una milagrosa blancura de azucenas. Y la maravillosa mirada de tus ojos, que parecen jacintos profundamente azules de viva porcelana, ignora la negrura de la maldad humana y tiene la tristeza divina de la luna..... Por eso un poeta dijo que tú pareces una religiosa muy buena cuyas manos sagradas semejan dos palomas con las alas plegadas.

PEDRO SONDRERGER.

Panamá, 1906.

EN EL TREN

A DARIÓ HERRERA



UE en la tarde de un sábado.

Cuando llegué al andén de los Desamparados la negra locomotora de acero taladraba el aire con el grito estridente de su pito sonoro y partía. Abalanzándome de un salto tomé el tren en marcha.

Recorrí varias veces la larga hilera de carros en busca de asiento, porque no me agradaba la idea de permanecer de pies trepidando al compás del rumor de las ruedas chirreantes hasta llegar á Ancón. Al fin pude acomodarme cerca de un buen amigo.

No sé por qué, rezagos quizás de la desconfianza biológica del hombre primitivo, pero tengo la costumbre inveterada de examinar con mortificante insistencia á las personas que me rodean. Y esto lo hago siempre y en todas partes; en los vapores, ferrocarriles, tranvías,

templa lánguida con sus pupilas pensativas y obscuras, el monótono y árido paisaje del camino.

Allí está. Delicada reacción de las civilizaciones de las razas, sensitiva maravillosamente espiritual. ¡Oh mujer adorable, oh conciencia pudorosa! El tiempo, ese obrero tenaz, te ha ido cincelando poco á poco á través de las generaciones; y de la ruda hembra primitiva de fuertes instintos y formas toscas de animal, ha hecho la fina arquitectura de tu cuerpo núbil y la compleja idealidad de tu alma.

En el extremo opuesto del carro resonaba la ronca voz de un hombre fuerte, macizo, grueso; exteriormente brutal. Sobre sus anchos hombros, la redonda cabeza, cortada al rape, ostentaba la pequeñez de su frente estrecha y la llena sonrisa de sus labios plétóricos. Sus pardos ojos redondos, de pupilas penetrantes, sus narices aplastadas, sus largas orejas caídas, le daban cierto aspecto canino.

A un lado bostezaba su cansancio un enjuto rostro bigotudo, de largas narices y cara de payaso. A mis espaldas dos mujeres de manta, cuchicheaban rumorosas. Y en la banquetta de adelante, encubierto hasta las cejas por la tendida ala delantera de un flexible sombrero de paño gris, dormitaba otro viajero.

Y el tren raptaba entre médanos de arena: larga culebra obscura sobre el ondulado camino blanco.

Mi amigo cansado de leer, cerró su libro y comenzamos á charlar.

Hablamos de todo. Algo de política: el empréstito, la minoría, el gobierno. La última corrida de toros, la grave cogida del Faico, lagraciosa petipieza Azucena, el drama, Thuillier, el arte y después la mujer.

¡La mujer! ¡El amor! Mi amigo era un sentimental y el fuego de su idealidad crepitó al frío contacto de mis teorías analíticas.

—Es usted demasiado pesimista, decía, para ser sincero. Hay mucho de fingido, de *pose*, en su modo de pensar. La vida no es tan mala, ni el amor tan falso como usted asevera. Ya se vé: los años! Antes yo también fui como usted, pero ahora....

Calló y sus ojos se espaciaron en lejanos horizontes al traves de las ventanillas del carro. El sol yonienteardeaba sus frios rayos rojos en el cielo infinito, orlando de oro á las pálidas nubes; inmóviles caravanas blancas en el espacio azul. El tren rodaba lentamente con ondulaciones de barco sobre la arena blanda. Aquí y allá montículos de arena más sombria, destacaban la negrura de sus cumbres sobre el camino gris. Era la hora del crepúsculo hora de paz, y hora de ensueño, hora luminosamente triste.

Y prosiguió mi amigo:

—Mire usted. Cada vida es una teoría filosófica en acto, porque es un modo propio de interpretar las cosas y de vivir. Todo ser animado, toda conciencia es una interrogación que así misma se hace la naturaleza, porque es un instinto, una fuerza, una tendencia que trata de adaptarse al medio, que quiere subsistir, y para eso explora con la intuición de sus sentidos y el poder de su intelectualidad los mil peligros circundantes y la manera de evitarlos. Y esa pregunta eterna, esa constante interrogación, biológica en el animal, consciente en el hombre, es esta:

¿Cuál es el camino de la felicidad? Y amigo mío, la mayoría de los humanos no lo encuentran, porque lo buscan en la razón, olvidándose de la sensibilidad. Se obstinan en ha-



GRUPO DE LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA

salones, calles y paseos; allí donde el azar reúne á individuos heterogéneos—extraños, sin ningún vínculo entre sí, me entretengo observándolos, presintiendo sus distintas personalidades, por las facciones de sus rostros, por sus gestos, ademanes y palabras. Cada conciencia es un misterio complicado y en verdad me causa gran placer tratar de descifrarlo; es un pequeño juego psicológico, inocente y divertido.

Obedeciendo á mi costumbre, después de saludar al amigo examiné á los desconocidos.

A mi derecha un hombre como de 50 años, ancho de espaldas, de cana cabellera y fuerte complexión, acompaña á una mujer adorable, á una niña morena, esbelta y delicada, envuelta en sedas, como se esfuma en suaves pétalos la forma de la flor. Apoyada la amplia frente, que el sombrero cubre de sombras aéreas, sobre la mano luminosa de alhajas, con-

lar la dicha intelectualmente, cuando para llegar á ella, hemos de recorrer los jardines floridos del sentimiento y no el árido camino de la idea. Pensar la vida es amargarla. En el tenebroso desierto de la conciencia, debemos respetar los oasis sentimentales del alma, esos fecundos oasis en donde nacen las flores rojas de la pasión. ¿Para qué pensar? ¿No basta sentir? Para qué el análisis? ¿No es suficiente la sensación?

Ese cielo azul que arriba vemos, ni es cielo ni es azul, y mi engañado espíritu goza de la serena contemplación de esa nada celeste. "Sin mentira no hay vida". Engañemos dejémosnos engañar, engañémonos. Hay una ilusión fecunda, una ilusión sagrada: se llama amor, es amor. Vosotros los irónicos, los malévolos, los pesimistas, no habéis conocido nunca la dicha de sentirse amado, por eso soís así: os quejáis. ¿Es tan dulce esa comunidad espiritual, esa transparencia mutua de dos almas, esa adaptación recíproca de dos corazones amantes! Es...

— ¡Ah! si, el amor, dijo interrumpiendo á mi amigo, el amor, como nó; eso sí es una ilusión; una verdadera ó buena ilusión; es casi eterna, dura la tercera parte de la vida del hombre; de los veinte á los cuarenta años; después el tiempo pasa, el espíritu envejece y paralelamente el cuerpo; de sintética se torna nuestra alma analítica y fría, y como usted muy bien lo ha dicho el análisis nos vuelve áridos y la pasión solo florece en terrenos feraces.

La máquina anunciaba con la sonoridad de su silbato nuestra llegada á Ancón. Afuera todo obscuro. Murió el crepúsculo y la noche magestuosa, negra, nos había envuelto en sombras.

OSCAR MIRO QUESADA.



NOTAS

Nicolás Victoria J.

Por pocos días estuvo en esta capital nuestro muy distinguido amigo Don Nicolás Victoria J. ex-Secretario de Estado en el despacho de Instrucción Pública y Justicia, al cual nos fué placentero saludar cordialmente.

Ibsen

El cable nos trae con frialdad una noticia sensible. Enrique Ibsen, el gran trágico noruego, el primero de los trágicos modernos, ha muerto. Cesó ya en su labor larga y fructuosa el poderoso cerebro que produjo *Romershon*, *Casa de muñecas*, *Los Ibsen* y tantos dramas más, todos sugestivos, todos reales, todos grandiosos.

Se extinguió el pensamiento, fanal luminoso que apagó una racha, evoluciona la materia, pero la vida no acaba. Ella se perpetúa á través del espacio y del tiempo en sus obras. Los que las lean estarán siempre en comunicación con su autor, y conocerán así á Ibsen, el gran Ibsen, el verdadero y el magnífico Ibsen.

Nueva obra

Don Rodolfo Aguilera nos ha remitido un ejemplar de su folleto *Guatemala de hombres públicos del Istmo*, editado recientemente en esta ciudad.

Agradecemos al señor Aguilera el envío de su obra, fruto de su laboriosidad y de su fecundidad inagotables.

Désame

Gonzalo Santos K., estimado amigo nuestro, sufre hoy pérdida dolorosa. Su joven compañera doña Mercedes Arosemena de Santos, abandonó la vida cuando aún tenía mucho que esperar de ella, y se fué de manera imprevista, en viaje á lo desconocido, el día dieciocho del mes que concluye.

Queda al afligido esposo, como único consueño á su dolor grande y noble, un bello niño nacido

Matrimonio Real Salve!

FUE deseo de la Dirección de esta Revista el dedicar un número extraordinario al matrimonio de Don Alfonso XIII de España con la Princesa Británica Victoria Eugenia de Battomberg, acto que debe celebrarse hoy en Madrid con gran pompa y alegría; pero dificultades de orden material imposibilitaron la realización de este anhelo y tan solo nos es posible publicar tres grabados de los nobles consortes.

No sólo el afán de información nos movía á ello sino que deseábamos aprovechar esta oportunidad para rendir nuestro homenaje al gran pueblo de la madre patria in en la persona de su actual monarca, quien viene á ser como el emblema y símbolo de esa gran Nación que dió á todo este Continente su habla hermosísima, sus ideas sobre Dios y todas sus luces.

*"Los soldados que á golpe de peñas
Descuyaron el monte abriendo pista,
Trajeron en las puntas de sus lanzas,
Como lenguas de fuego, las ideas
En el Pentecostés de la Conquista."*

Después de la enorme crisis ocurrida á causa de la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, un movimiento de regeneración se ha venido operando en España, de una manera lenta pero firme. Y de continuar como todo lo augura, nuevas páginas de inmortales epopeyas serán agregadas en futuros días á los anales de su brillante historia.

El pueblo español quiere á su soberano porque lo ve lleno de energía trabajar con firmeza, sin orgullo vano ni temores pueriles, en pro del advenimiento de ese futuro glorioso de que hablamos y de la felicidad de sus súbditos cuyas necesidades estudia para remediarlas en cuanto le es posible y con el que á cada paso se roza para conocerlo mejor.

Bien se merece pues Don Alfonso XIII una dicha completa en su nuevo estado y con toda sinceridad se la deseamos en unión de su augusta esposa la futura Reina Victoria de España.



Salve! La Música, de antiguo, la más popular de las artes bellas. Ninguna tan acepta al hombre de todos los siglos y en todas las latitudes. Ella fue siempre su amable compañera.

La Música educa, edifica, civiliza. A veces, humaniza; á veces domestica. Diríase que á su conjuro ó evocación, de celeste Parainfo, emerge el angel del abismo de la bestia humana.

El pentagrama es un puente áureo, peregrino, que acerca y une, por encima de la ancha vía del tiempo, las dos misteriosas ciudades del espíritu: la ciudad santa de los recuerdos, y la divina ciudad del ensueño, poblada de ilusiones y anhelos del alma.

El pentagrama es una escala de ritmos, que, á modo de arco iris, luce todos los colores; que á modo de vía láctea, luce miriada de soles,—notas, acordes y arpegios—en la armonía universal de que es síntesis la Música.

Las notas, aladas y alboras, vuelan de las cuerdas del violín y de la viola, heridas por el arco mágico, y del teclado obúrneo, al beso de las manos de lirios, como alegres ruiseñores ó como cisnes moribundos.

En horas de júbilo, lo mismo que en días de dolor; cuando arrullo de la madre junto á la cama, nido de su arullo, ó cuando plegaría fría, al pié del ara del templo ó de la tumba; opitalamio ó elegía, balada ó barcarola, aria ó gondolina,—nocturno ó lieder, concierto ó sinfonía, duo ó octeto, la Música es siempre una floración de cadencias y de melodías, y es una como corriente eléctrica de la emoción estética.

¡Salve, oh diosa predilecta del Olimpo, diéctisima musa del poeta!

FED. HENRIQUEZ CARVAJAL.
Santo Domingo.—R. D.—1.905.

pocas horas antes de morir la madre, y cuya presencia ha de recordarle siempre á la eterna ausente que vive nueva vida en él.

A Gonzalo, y á los demás deudos de la finada, presentamos nuestras más sinceras expresiones de condolencia.

Saludo

Muy cariñoso lo presentamos á nuestros estimados amigos don Generoso de Obaldía J. y don Guillerino Patterson M. llegados recientemente de los Estados Unidos.

El señor de Obaldía viene de Washington en donde ha permanecido por cerca de dos años como adjunto á la Legación de Panamá, puesto que ha renunciado de manera irrevocable.

El señor Patterson que hace estudios de ingeniería en un buen colegio de Nueva York, viene á pasar al lado de sus padres la temporada de vacaciones.

Que todo sea felicidad para ellos.

Colaboración femenina

La señorita Edelmira Cortés G. distinguida escritora chilena, honra hoy las columnas de EL HERALDO DEL ISTMO con un bello articulo *Terracotta*, de agradable y seductora atracción.

La señorita Cortés es asidua colaboradora de algunas publicaciones ilustradas, entre ellas de la revista femenina *El Estímulo*, de Buenos Aires, en la cual publica actualmente un buen juicio de la personalidad literaria de don Pedro Pablo Figueroa, el distinguido escritor chileno de todos conocido.

También se honra nuestra revista con la publicación de dos preciosos cuádrilos, *Lied* y *Arrullo!*, que por conducto del amable Darío Herrra nos remite de Lima doña María M. C. de Pacheco,

madre política de don Ricardo de la Ossa, Cónsul general de Panamá en Lima.

Agradecemos la colaboración valiosa de la señorita Cortés y la señora de Pacheco, para cuyas producciones siempre habrá un buen sitio en EL HERALDO DEL ISTMO.

Voz de aliento

El joven venezolano Moisés Bauder R. exhibe en una de las vitrinas del gran almacén de los señores H. de Sola & Cía., un cuadro bíblico que representa el pasaje de Jesús con la mujer adúltera.

El cuadro no es una obra de arte ni mucho menos y desde este punto sería inútil entrar á considerarlo, pero si se tiene en cuenta que es el primer esfuerzo de un joven aficionado que trabaja sin maestros, debemos darle una voz de aliento á su autor para que no desmaye en sus nobles deseos, y este buen consejo que ojalá aproveche: antes de crear, copie buenos modelos. Sígalos, y sus progresos serán así rápidos y efectivos.

Bienvenida

El 27 en la tarde llegó á esta capital don Juan de Dios Amador, Cónsul de la República en Mobile y buen amigo nuestro.

El señor Amador permanecerá por pocos días entre nosotros, pues regresa en breve á ocupar su puesto consular.

Nuestro cariñoso saludo de bienvenida.

Distinguido viajero

En el vapor *Limari* parte para Chile nuestro grande amigo, el exquisito y original prosador y poeta, Pedro Sonderegger.

Que las tierras del Sur le sean propicias y que pronto orne el laurel su cabeza pensadora.

SPORT

Con un tiempo bueno se verificó el domingo último la inauguración de los nuevos terrenos de la *Panama Athletic Park Association* para juegos de *sport*, con un desafío de *base ball* entre los clubs *Panama Athletic* é *I. C. C. Champions*. Decimos con un tiempo bueno, porque ni el Sol aguijoneó con sus flechas de oro las espaldas de los jugadores, ni el Invierno hizo otra cosa que refrescar con una lluvia casi imperceptible el calor de la atmósfera de aquella tarde opaca.

El aspecto de la fiesta fué hermoso sobre toda ponderación. Por todas partes la bandera de las barras rojas y la bandera de las dos estrellas tremolaron en amigable y fraternal alegría. El piafar de los caballos de la aristocracia, enormes y relucientes como animales de figura, el relumbrar de los apoltronados carruajes de yantas de caucho y enorme negro de librea, grotesco como un mono é impenetrable como una esfinge, el vertiginoso pasar de bicicletas, el ir y venir de hombres de todas las naciones, daban á aquella fiesta un sabor agradabilísimo y enteramente

nuevo para la gente del Panamá de antaño, que se acojía á las aceras entre sorprendida y aterrorizada de tanto bullicio, como si hubiera sido súbitamente trasportada á una de aquellas ciudades de cuento, en las cuales empieza á creer bajo el peso de una realidad encantadora.

Ambos Clubs, el *Panama Athletic* y el *I. C. C. Champions* estuvieron admirables. Los nueve *innings* acordados encontraron á los partidos contendores en nueve carreras. Se jugó uno más para decidir, y el triunfo era de los americanos con una nueva carrera hecha, cuando el simpático *Lencho* Arosemena, protegido por *Edwin Chandeck*, el ágil panameño de ojos azules bajo cuyas venas corre sangre alemana, entró al *home* bajo una lluvia frenética de aplausos. El triunfo, pues, quedó sin decidirse, por lo avanzado de la hora, probando así que si fornidos y hercúleos son los descendientes de *Hiawatha* y *Pocahontas* no menos ágiles y sagaces son los hijos de la tierra de *Balboa*.

Del *Panama Athletic* se distinguieron *Pancho*

Arias, que dirige la bola como con cordel; *Payne*, que hacía de *tercera* y que con una línea milagrosa que cogió, nos ha probado que él puede sorprender un relámpago en su vuelo, y *Booth* que fué el héroe de la tarde. Del *I. C. C. Champions* se distinguieron *Ruylor*, un gringo enorme que ocupaba la primera base,—un hombre de cera que cogía la bola con cualquier parte del cuerpo,—y el *catcher* *Ames*, que estuvo un poco desgraciado, pues—empleando las palabras de un revistero norte-americano—la bola y su nariz nos demostraron prácticamente varias veces la vieja creencia de que dos cuerpos no pueden ocupar á un tiempo un mismo lugar en el espacio.

Después... todo acabó. Y al ver entre aquel mar de gente destacarse la figura graciosa de la gentil *Trona Lefèvre*, la rubia dulce y sentimental como vírgen de leyenda germana, pensamos en el pincel de *Ludovici*, el moderno *Watteau* de las fiestas galantes de la brumosa *Londres*.

ARMANDO DE NIS.

FOLLETIN DE "EL HERALDO DEL ÍSTMÓ" -- 26

Blanca de Varelles

NOVELA DE PASION.

De Jean de la Hire.

TRADUCCIÓN DE EVERARDO VELARDE.

CAPITULO QUINTO.

I

Omnia vincit amor.
VIRGILIO.

(Continuación)

á *Jacobo*, su Amor!... Dió un impulso impetuoso á la puerta y antes que hubiera hablado, la puerta se abrió, entró *Jacobo*, sonreído, con una dulzura de niño mimado, y corriendo hacia *Blanca* y prendiéndosele del cuello, la besó con el ingenuo ardor de una exquisita ternura. Como los ojos de la niña no se apartaban del rostro del cura, *Jacobo* siguió instintivamente la mirada, vió la sotana é, incontinenti, aterrorizado:

—Blanca, le dijo, Blanca, quién es ese hombre?... Qué hace aquí?...

La niña rodeó con el brazo izquierdo el cuello de su hermano que se estrechaba tímidamente contra ella; con una sonrisa de triunfo lo besó en la frente, y luego con voz vibrante de cólera, plegados los labios por indecible desprecio, dijo:

—Salid! sois un embustero y un cobarde,

Y su brazo recto, inmóvil, señalaba la puerta al abate *Pignol*.

Tan soberana y poderosa era su belleza en ese momento, que el cura, á despecho de su voluntad, sintió que toda su carne se estremecía deliciosamente; sus viriles deseos, no satisfechos desde hacía años, convulsionáronse y volaron hacia *Blanca* en formidable caravana... Pero el abate *Pignol* tembló por aquel instante de debilidad; vió en él manifiesta tentación de *Satán*, y por ello mismo devorado por más santa rabia, furioso, ganó retro, odiando la puerta. Luego, recogiendo en un segundo, se enderezó, y como si todo el poder de *Dios* hubiera descen-

dido en sus palabras, exclamó:

—Malditos seas!

Su voz repercutió en la casa como un trueno; cuando *Blanca* volvió en sí de su súbito espanto, el cura había desaparecido, y el gato sentado en el umbral de la puerta lloraba con lúgubres aullidos.

CAPITULO VI

Tan pronto como el cura se hubo marchado, corrió *Blanca* á su cuarto, abrió un gran cajón de su escritorio y sacó un cofrecito que había encontrado entre los muebles de su madre y que estaba lleno de cartas.

Blanca no había jamás pensado en leerlas. Pero después de la partida del cura, vino á la memoria el cofrecito; un súbito presentimiento hizo le abrigar la certeza de que esas cartas contenían el secreto del nacimiento de *Jacobo*.

Vaciló un momento, y luego, resuelta, las leyó todas desde el principio hasta el fin. Era la correspondencia de la señora de *Varelles* con su amante, el padre de *Jacobo*. El nombre del hijo mencionábase en ella á menudo haciéndose grandes proyectos para el porvenir de él.

La amorosa niña guardó por largo tiempo en sus manos los papeles. Ni siquiera se preguntó cómo un secreto semejante había sido conocido de todo el país; pero sí pensó en *Jacobo*, y la enormidad de su falta poníasele de relieve al mismo tiempo que una voz interna le gritaba:

—Por qué lloras tú? El amor es libre, más fuerte que los lazos de parentesco y más fuerte que todo.

Lot amó á sus hijas; *Thamar* á su hermano *Absalom*, y sin remontarse tan alto, no has leído que, poco tiempo antes de *Jesucristo*, las leyes griegas autorizaban el matrimonio entre parientes? *Edipo* no ha venido sino después, con las arbitrarias leyes de las sociedades... El incesto es una cosa natural, que las sociedades corrompidas han decretado ser una falta...

Pero otra voz se elevaba que reprobaba tales actos y señalaba el incesto como cosa prohibida, no solo por las leyes de los hombres, sino también por la de *Dios*.

Y durante todo el día, *Blanca* no se atre-

vió á dejarse ver de *Jacobo*, no obstante que bien lo deseaba.

Luisa no volvió á casa de *Blanca*.

En cuanto al señor de *Bisson-Chantal*, él no modificó su manera de ser. Una tarde, no pudiendo *Blanca* contenerse por más tiempo, fué á arrojarle á los pies de su abuelo mostrándole las cartas de la señora de *Varelles*.

—Una vez que ahora conoces la falta de tu madre, dijo el anciano, no te queda otra cosa que hacer que amar á *Jacobo* como tu hermano. Además, todo el país conoce el parentesco de los dos. El notario de *Collioure* no lo ha ocultado.

Pero ni el uno ni la otra hablaron de la visita del abate *Pignol* ni del amor incestuoso. *Blanca* creía que el anciano ignoraba todo. Cada cual por su parte decidió no hablarle de ello á *Jacobo*. El poeta era feliz; vivía fuera del mundo y sus deformidades. Para qué hacerlo descender á él?...

La nueva criada de *Blanca*, *Rosalía*, una muchacha gruesa, astuta y despreocupada, venida de *Perpignan*, descendía todas las mañanas hasta *Collioure*, con un gran cesto debajo del brazo, y volvía á las ocho, cargada como una mula; no se quejaba del trabajo nunca; las alacenas siempre abiertas y la bolsa sin restricción la indemnizaban ampliamente.

Jacobo se admiraba de todas esas modificaciones; y al principio le llamó la atención la retirada brusca de *Dolores* y la actitud fría de los habitantes de *Baillaury*, cuando la niña atravesaba el caserío.

Pero su hermana, que quería ocultarle el terrible secreto explicó la ruptura con *Dolores* dándole por pretexto una disputa tenida á causa del trabajo y del salario de *Luisa*, añadiendo *Blanca* que el cura que había puesto á la puerta, había venido á tratar de ese asunto. *Jacobo* á quien tales cuestiones interesaban poco, se contentó con esas explicaciones.

Poco á poco hasta su mismo sufrimiento ocasionado por su orgullo herido, desapareció: todo lo que no era su amor le era indiferente. Abandonando todo á los cuidados de *Rosalía*, vivía marchando sin cesar por un camino ideal que sus pensamientos, agradables é amargos, jaloneaban con la dulzura de un zarzal de rosas ó con la punzada aguda de una rama de acebo. Mas el gran golpe estaba dado. En vano la niña trataba de ahogar bajo el murmullo de los besos de su hermano el tético campaneo de las palabras del cura: la maldición indignada zumbaba sin cesar en sus oídos, mortificante y monótona, llenando el silencio á su alrededor de voces

(Continuará).